



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
www.virgendeguadalupe.org.mx

Homilía pronunciada por **Mons. Salvador Martínez Ávila**, Vicario Episcopal de Guadalupe, Rector de la Basílica de Santa María de Guadalupe y Presidente del Cabildo, en el **V Domingo Ordinario**.

10 de febrero de 2019

Queridos hermanos y hermanas en Jesús Nuestro Señor. Este Domingo Quinto del Tiempo Ordinario, en las tres lecturas aparece un tema común que quisiera reflexionar con todos ustedes. Me refiero al tema del cambio de perspectivas que Dios nos pide a lo largo del camino, a lo largo de la vida. La primera lectura y el Evangelio, coinciden en que Isaías y Pedro se sienten indignos de estar en la presencia de Dios.

Isaías de Dios. Pedro se siente indigno de estar en la presencia de Jesús pero el Señor les pide que no hagan más caso a sus sentimientos de indignidad, sino a la Palabra que él pronuncia, a los signos que él realiza. En efecto, Dios le demuestra a Isaías que con una brasa que toca sus labios, él ha quedado purificado. Ya no es más indigno, ya no es más incapaz. Dios lo ha capacitado y en eso debe confiar. Por parte de Jesús, ante la propuesta de Pedro: *aléjate de mí que soy un pecador*, responde Él: *no temas, yo te haré pescador de hombres*.

En este punto desearía detenerme para considerar cómo muchas veces pensamos erróneamente que al sentirnos indignos de la presencia o del favor de Dios, nuestra reacción más adecuada consistirá en querer alejarnos o pedirle a Dios que se aleje de nosotros. Déjame ser bueno, déjame arreglar mi indignidad, déjame arreglar mi impureza y entonces nos encontraremos. No, eso le pasó a Juan Diego la mañana del 12 de diciembre. Mejor rodear el cerro para no encontrarse con la Señora del Cielo y no le quitara el tiempo que apremiaba.

Con la primera lectura, la lectura del Evangelio y la narración de las apariciones de la Virgen, podemos constatar que no existe mayor error que quererle sacar la vuelta a Dios. A Dios le importamos y le importa que nosotros podamos cumplir con las misiones que nos ha encomendado. A Dios no le vence el hecho de que le hayamos fallado o de que tengamos tantos problemas, que lleguemos a pensar que encontrarnos con Él sería una pérdida de tiempo.

De todas formas y aunque pretendamos alejarnos, Dios nos sale al encuentro y nos purifica con su fuego, como lo hizo con Isaías. Nos reconforta con frases maternales, como lo hizo la Virgen con Juan Diego. Nos otorga la salud como la otorgó al tío Juan Bernardino y nos confirma en su amistad, anunciándonos una misión mayor a la que veníamos desarrollando, como lo hizo Jesús con Pedro.

Pero la segunda lectura nos habla de un cambio de perspectivas mucho más profundo, mucho más allá que un mero momento de la vida, que una circunstancia de relación con Dios. San Pablo recuerda a los corintios que nuestra esperanza cristiana, es decir, que el objetivo de la salvación, es que nosotros creamos en la resurrección de los muertos. En primer lugar, en la resurrección de Jesucristo, y en segundo lugar en la en que cada uno de nosotros estamos destinados también a la vida eterna por la resurrección. La consecuencia práctica de la fe en la resurrección es muy real, porque nuestros esfuerzos, así como nuestros apegos quedan matizados, transformados, reorientados a la luz del destino final al cual nos conducimos.

Una persona totalmente apegada a un negocio mundano, pierde el sueño por lograr la ganancia. Busca con toda pasión recaudar recursos humanos y materiales para lograr su objetivo. Pero solamente cuando ha iluminado este proyecto a la luz de su propio destino final, que es la vida eterna, su corazón encontrará paz profunda y la verdadera salud que necesita para seguir adelante.

De otra forma, todo se desproporciona y nos convertimos en personas ambiciosas, descontroladas, que más dañamos y lastimamos nuestro entorno, que realmente hacerlo prosperar.

Por otra parte, la fe en la resurrección aplicada en la vida cotidiana, nos enseña que para nuestros parámetros puramente mundanos, hay muchos imposibles. Vemos un ejemplo claro en la resistencia de Pedro a lanzar las redes a media mañana. *Y hemos pasado toda la noche sin éxito, Señor, en la noche es cuando se echan las redes.* Pero cuando estamos ciertos de que Dios ha vencido a la muerte, que es la realidad más tremenda y cruda de la cual nadie puede escapar, entonces recuperamos con realismo, porque sabemos que hay una causa que logra lo que las causas humanas concebimos como imposibles. Entonces recuperamos con realismo la construcción de una vida y una sociedad que parecieran imposibles.

Concluyendo, les invito a no a aferrarnos a nosotros mismos a través de nuestros sentimientos o emociones positivos o negativos. Más bien, confiemos en el cambio de perspectivas que Dios nos propone, fijando nuestra mirada en la meta final que Él tiene para nosotros, que es la vida eterna en la resurrección.

Alabado sea Jesucristo.